

Interdisciplina, economía política y sociedad: el caso de la economía del desarrollo.

Rolando Cordera Campos

Facultad de Economía, UNAM.

Economía política e interdisciplina

En los tiempos turbulentos de la fundación de la economía política como la concibió Adam Smith, la vida económica estaba entrelazada con la vida política y la vida intelectual. El pensamiento económico aparecía vinculado con la reflexión religiosa, política, filosófica. Las fuentes de la riqueza residían en las instituciones políticas y legales así como en la historia misma de la mente humana. Hablar de interdisciplina hubiera sido redundante en la era de la Ilustración, en Francia, desde luego, pero también en Escocia.

La emergencia de una época de comercio universal, a la que acompaña una incertidumbre también universal, como es la nuestra, guarda enormes similitudes con la que vivieron y trataron de comprender Smith, Hume, Condorcet. Del mismo modo como ahora se pugna por un conocimiento global, en el que pueda sustentarse una ética que se haga cargo de decisiones que involucran y afectan a la especie humana en su conjunto, Smith y sus compañeros de aventura intelectual buscaban un conocimiento integral que partiera de los sentimientos y las pasiones a la razón y la elaboración sistemática. No por nada concebían a la economía política que fundaban como una filosofía moral en el más amplio y estricto sentido del término.

La interdisciplina era entonces vista sobre todo como un ejercicio integral de conocimiento de lo social, y todavía faltaban algunos años para que se pretendiese desprender a la economía del resto del pensamiento político y moral, para dar lugar a la “ciencia económica” como la imaginaron y desarrollaron los economistas neo clásicos. Desde esta perspectiva, el saber económico es inseparable del dominio de la política y de las relaciones sociales que dan sentido a la sociedad, no como una suma atomística sino como un todo integrado a la vez que integrador.

Las preocupaciones de Smith sobre el miedo que aquejaba a la sociedad de su tiempo, son emblemáticas de esta inclinación “holística”. Lo son también sus propuestas para superar el temor y emancipar a la sociedad que vivía bajo el imperio feudal y absolutista. “Cuando la

ley ha establecido el orden y la seguridad, y la subsistencia deja de ser precaria, la curiosidad de la especie humana se incrementa y sus miedos disminuyen”(Rothschild,Emma , 2001, p.13).

La de Smith era una agenda de liberación y emancipación de la sociedad a través del comercio y de la libertad de acción individual. Se trataba de un “plan liberal de igualdad libertad y justicia” cuya implantación dependía de instituciones y cambios políticos sustanciales. “El comercio florecerá sólo en un Estado con una administración regular de la justicia, o en cual hay un cierto grado de confianza en la justicia del gobierno”(Ibid, p.14). Las relaciones fundamentales entre la economía, el derecho y la política que emanan de este postulado no requieren de mayor énfasis.

Con la evolución del sistema comercial capitalista vino el intento de refundación neo clásico y la economía empezó a ser vista como un ejercicio parcial o independiente de conocimiento del sistema económico sujeto a sus propias leyes. La sociedad sería el resultado del intercambio hecho con fines de optimización y encontraría su cohesión en los contratos entre los individuos y las personas morales que daban sentido a la creación y apropiación de la riqueza así como a su distribución.

En contraste, la economía política, de Ricardo a Marx y desde luego a Keynes y a la economía política del desarrollo gestada entre nosotros por Prebisch y la CEPAL, tiende a considerar a la sociedad como un todo. Los valores éticos son incorporados explícitamente en los temas fundamentales, como el valor, la distribución, el empleo y el crecimiento, y la instituciones adquieren un lugar privilegiado en el análisis y el diseño de políticas.

Desde esta perspectiva, las consideraciones históricas son importantes para la teoría y la comparación de experiencias de desarrollo se considera una de las bases obligadas para la innovación en materia de política económica y social. Sin desmedro de la elegancia y la armonía alcanzadas por la economía derivada del pensamiento neo clásico y su asiduo y hasta febril cultivo de las matemáticas en las cuales sustentan sus modelos analíticos, los grandes temas y problemas de la sociedad capitalista moderna, su tendencia al desempleo de recursos y hombres, a la crisis y la desigualdad dentro y entre las naciones, requieren de otros enfoques y tratamientos.

La Escuela Histórica, por ejemplo, que ha sido recuperada por la economía política del desarrollo y por las diferentes visiones de la economía evolucionista, está llena de enseñanzas

sobre la importancia de la integralidad y del ejercicio inter o transdisciplinario, pero no sólo es ahí donde pueden encontrarse pistas y referencias robustas sobre la cuestión que nos ocupa. En todo caso, no está de más recordar que el propio Alfred Marshall, uno de los padres de la economía neoclásica, decía que el trabajo de la Escuela Histórica “ha hecho más que casi cualquier otra cosa para ampliar nuestras ideas, para aumentar nuestro conocimiento sobre nosotros mismos, y para ayudarnos a comprender el plan central, si así fuera, del divino gobierno del mundo” (en Chang, 2002, p. 7).

Schumpeter es claro y contundente sobre el tema en su *History of Economic Analysis* ((1955, pp.3-50), y Keynes lo fue al advertir que su preocupación era con el desempeño del sistema económico como un todo, para luego afirmar que para él las ciencias sociales eran “ciencias morales”.

El compromiso keynesiano con la reforma del capitalismo permeó el pensamiento social del siglo XX. Más que tratar de “edulcorar” un sistema económico irredimible, Keynes quería formular conscientemente una alternativa al comunismo de la planificación centralizada y al liberalismo del *laissez faire*. En este y otros sentidos, las ideas políticas y sociales de Keynes se emparentan con los empeños de entreguerras de los socialistas italianos por “inventar” un socialismo liberal que fuese capaz de combinar eficientemente justicia con libertad.

Para abordar la problemática que nos ocupa, no sobra advertir que las diferencias de enfoque entre la economía y la economía política pueden ser radicales y determinar maneras enteramente distintas de abordar los problemas socioeconómicos.

En su extremo neoliberal, la sociedad “no existe”, como en forma grosera lo dijo la señora Margaret Thatcher. En el otro extremo, ahora desaparecido, la sociedad tampoco “existía” salvo por la acción y el comando del Estado central planificador.

De un lado, la competencia y el mercado avasallan las energías individuales que, a partir del reconocimiento de sus desigualdades e insuficiencias, buscan complementarse en la cooperación, la solidaridad y la reciprocidad. Frente a los planes absolutistas de imponer un mercado universal y convertir en mercancía lo que no puede serlo, como la naturaleza, la tierra y el trabajo, sobreviene lo que Karl Polanyi llamara el “doble movimiento de la sociedad” para evitar su destrucción y la de su entorno (Polanyi, 2002).

Del otro lado, estas disposiciones “histórico-naturales” de la especie a cooperar y a formar parte de un todo en el que quepan nociones y sentimientos solidarios, son

convertidas en jerarquías e instrucciones burocráticas, despojando a la sociedad de la iniciativa y la creatividad que las personas solo pueden desplegar en un contexto de libertad protegida por las instituciones sociales y políticas de la democracia. Por vías totalmente imprevistas y con resultados complejos y contradictorios, el doble movimiento de la sociedad moderna se dio en la dirección de recuperar la libertad de individuos y grupos y de someter el Estado al mandato ciudadano a través de la democracia. En cualquier perspectiva, es claro que la comprensión de la sociedad y del Estado, así como su reforma y conducción, requieren de visiones integradoras y del abandono de todo reduccionismo.

Como es claro, ni los precios, resultado del intercambio, de la oferta y la demanda, pero también de decisiones y planes de las empresas con enorme poder sobre el mercado (Galbraith), ni los votos emitidos en soledad en las urnas, son mecanismos capaces de gestar y consolidar las relaciones sociales que toda comunidad compleja requiere para reproducirse ampliamente y encarar las contradicciones y crisis que le son propias. De esto sólo puede encargarse un enfoque como el que ofrece la economía política. Como la desarrolló Keynes, pero también Karl Polanyi y, desde su propia gran perspectiva como historiador de la economía mundo, Fernand Braudel.

Braudel, al hablar de las dificultades que encontró para realizar su obra magna sobre la civilización material del capitalismo, nos dice: “la economía, en sí, es evidente que no existe”; la historia económica, agrega, “sea o no noble, o menos noble que la otra, no deja por ello de plantear todos los problemas inherentes a nuestro oficio: es la historia íntegra de los hombres contemplada desde cierto punto de vista. Es a la vez la historia de los que son considerados como sus grandes actores... la historia de la coyuntura y de las crisis y, finalmente, la historia masiva y estructural que evoluciona lentamente a lo largo de amplios periodos”(Braudel, Fernand, 1986, pp.10-11).

La visión global, que se auxilia de la antropología, la sociología, la economía analítica, la historia o el psicoanálisis, aparece aquí como una necesidad evidente para la construcción de la historia humana, pero también para la generación de visiones y estrategias vinculadas con el gobierno de la sociedad y su desarrollo.

De esto y más nos habla la historia de las ideas y doctrinas económicas. Pero es en la economía política del desarrollo donde podemos ilustrar con más eficacia, por su

indudable actualidad e interés práctico universal, la vinculación virtuosa entre las disciplinas que podrían dar cuerpo a una ciencia social que cumpliera las ambiciones de integración y “conciliency” que acompañaron a la economía política clásica.

“El proceso social de producción, ilustrado por los modelos de Leontiev y Sraffa, y la sociedad como un todo, constituyen el punto de partida analítico en la economía política. Ambos se articulan por el principio del excedente: parte del producto bruto (bienes intermedio y los salarios necesarios) se realiza en el proceso de producción; el excedente social -un residuo- puede ser usado para instalar y mantener una super estructura institucional que contiene una esfera política, legal, social y cultural” (Bortis 1997, pp. 89-95).

Como es claro, una vez que se asume a la producción como un proceso social capaz de generar un excedente se entra de lleno en el terreno del desarrollo, cuyo ritmo y calidad dependen del uso y distribución de ese excedente. Aquí, tanto en la distribución como en la asignación de los recursos, la influencia de las leyes y las costumbres, de las instituciones y de las relaciones de poder y desde luego de los estados y la historia social de pueblos y naciones, es decisiva y su estudio no puede sino ser multidisciplinario con ambición “holística”.

Esta necesidad de integración disciplinaria se extiende a la ética, que ahora, con la globalización, se convierte en un eslabón fundamental no sólo del pensamiento crítico asociado a la economía política, sino de la propia supervivencia de la especie, sometida de nuevo al miedo y la incertidumbre a una escala no sospechada por los fundadores. Y esto se aprecia en todos los planos de la existencia de las naciones, en las más avanzadas y no sólo en los extremos del subdesarrollo.

Desde la perspectiva que abre la economía política, no hay una tendencia única al pleno empleo y, por ello, el problema de la ocupación depende del nivel de actividad que pueda determinar en un momento dado la política económica. A su vez, la política económica siempre está asociada, lo admita o no, con un problema de ética social que contempla (o no) el derecho al trabajo. La distribución de los recursos de la sociedad entre el gasto público, las decisiones de inversión, las relaciones financieras y comerciales con el exterior y, en último análisis, la distribución del ingreso y la riqueza, es un resultado de opciones éticas y de

decisiones políticas que no pueden entenderse y, si así se quiere, cambiarse, sin recurrir al auxilio del estudio de las estructuras políticas y de las propias historias nacionales.

En este sentido, el derecho al trabajo que han hecho suyo todas las sociedades avanzadas a partir de la Segunda Guerra Mundial, sólo puede materializarse mediante una organización social que sea congruente, así sea insuficientemente, con ese objetivo central de asegurar trabajo a quienes lo requieren.

Como lo demostró Keynes en su momento y lo han remarcado y desarrollado muchos de los economistas que lo siguieron y quienes formularon los principios de la economía política del desarrollo, en el largo plazo el nivel de empleo aparece positivamente correlacionado con una mejor distribución del ingreso. Así, los grandes problemas del desempleo y la distribución implican el desarrollo de visiones integrales del hombre y de la sociedad que ahora podríamos resumir en la necesidad de una especie de “idea fuerza”: una ética social global.

Esta necesidad, sin embargo, sólo puede empezar a encararse en nuestro tiempo a través de un conjunto sólido de principios emanados de la economía política, en los cuales se puedan sustentar analíticamente acciones colectivas e instituciones públicas, así como estrategias políticas capaces de abordar coherentemente esos problemas de fondo. Aquí, de nuevo, los enfoques diferentes que organizan el pensamiento social y la economía en particular, entran en colisión y lo hacen de modo más frontal cuando se añade a la batería enunciada el complejo tema del desarrollo internacional y su característica dominante a todo lo largo de la historia moderna: la gran división entre las naciones avanzadas y las atrasadas, entre desarrollo y subdesarrollo.

A un relato introductorio de esta última cuestión dedicaremos el resto de nuestro comunicado.

El desarrollo ayer y hoy: aventuras y desventuras.

La idea del desarrollo como progreso, como “estar al día”, a la par de lo que se considera lo más avanzado, es tan vieja como la modernidad. Forma parte del pensamiento clásico de las ciencias sociales, así como de la experiencia política internacional de los dos últimos siglos. No por casualidad, Adam Smith, el padre fundador de la economía política, intituló en 1776 su obra más célebre *Una investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*.

Sin embargo, la preocupación por este proceso central en la vida de los países se volvió universal y estratégica hasta la segunda mitad del siglo XX. Antes, más bien pertenecía al arsenal de los estadistas del “círculo íntimo” de las naciones poderosas, entre cuyos retos siempre estaba alcanzar al que llevaba la delantera e impedir que los que les seguían subieran la escalera por la que ellos ascendían. El resto del planeta era visto, en todo caso, como la “carga del hombre blanco”.

La Segunda Guerra fue destructiva pero también una enorme licuadora para las culturas y la experiencia humana. En más de un sentido, fue la primera gran vivencia masiva de la globalización . Puso en contacto a hombres de todas las latitudes, los desplazó por territorios hasta entonces desconocidos para el habitante promedio e introdujo a poblaciones enteras de las regiones atrasadas en lo que hoy llamaríamos la modernidad. Lo hizo a través de la destrucción más violenta imaginable, pero sus lecciones fueron asimiladas por las elites emergentes o en formación en esas regiones y pronto traducidas en un reclamo de descolonización, mejoramiento material, independencia nacional y avance social.

En América Latina, en condiciones y perspectivas diferentes pero a la vez familiares respecto de lo que luego se dio en llamar el “Tercer Mundo”, se empezó a vivir también el sueño del desarrollo. Industrialización, sustitución de importaciones, nuevas maneras, más sólidas y controladas nacionalmente, de vincularse con la economía mundial que se reconformaba, formaron parte del arsenal de políticas y visiones del desarrollo a que convocaran Raúl Prebisch y sus compañeros de la CEPAL apenas terminada la guerra.

Como lo relatara el gran economista brasileño Celso Furtado en su memoria:

“En su segundo texto sobre la cuestión (del desarrollo latinoamericano), circulado restringidamente antes de la conferencia de la Habana, el lenguaje de Prebisch era el de un manifiesto que convocaba a los países latinoamericanos para que siguieran la política de industrialización. El punto de partida era un grito de guerra: `la realidad está destruyendo en América Latina aquel viejo sistema de división internacional del trabajo...que seguía prevaleciendo doctrinariamente hasta hace muy poco tiempo’ . Reconocía que nosotros, latinoamericanos, estábamos muy lejos de tener una ‘correcta interpretación teórica de la realidad` pero ya sabíamos que para obtenerla necesitábamos abandonar la óptica de los centros mundiales. Con un claro gesto dirigido a la nueva generación, señalaba la carencia de economistas capaces de penetrar con un criterio original en los fenómenos concretos

latinoamericanos. Y agregaba con insistencia que no bastaba con enviarlos a las universidades de Europa y Estados Unidos porque ‘ una de las fallas más serias que padece la teoría económica general, contemplada desde la periferia, es su falso sentido de universalidad’

“El texto, sigue Furtado, no comportaba propiamente una crítica de la teoría clásica (o neoclásica) del comercio internacional. Su objeto de ataque era el sistema real de división internacional del trabajo, que venía conduciendo históricamente a la concentración de la renta en beneficio de los centros industrializados. Se afirmaba que la legitimidad del sistema se fundaba en la tesis de que los frutos del progreso técnico tendía a ‘repartirse con ecuanimidad’ entre los países que participaban en el intercambio. Pero ahí los datos estaban demostrando lo contrario...” (Furtado, 1991, p.53).

A partir de entonces se inauguró en América Latina una época de transformaciones estructurales que encontraron en el pensamiento de la CEPAL articulación teórica y sustento analítico. Voz propia que se nutría de un estudio a fondo de su historia y buscaba acomodo en el mundo de las ideas revisionistas y heterodoxas que Keynes había convertido en ideas fuerza y “heterodoxia hegemónica” con su Teoría General (Cf. Bielschowsky, Ricardo. 1998, pp. 21-45 y Love, Joseph, 1989, pp. 393 – 460)

Por su parte, los combatientes del mundo avanzado y sus familias, enriquecida su memoria de las crisis de entre guerras por la experiencia dolorosa del conflicto bélico, empezaron a asumir la protección social y la presencia activa del Estado como un derecho adquirido y hasta exigible. Todo esto, derivaba racional y políticamente en la centralidad universal del desarrollo y le daba a la política social dimensiones prácticamente inéditas, a pesar de lo mucho que se había experimentado en los años previos a la Gran Depresión de los años treinta y durante ella. A partir de la post guerra, el conocimiento “científico” e integral de la sociedad moderna se vio como una condición fundamental para elaborar y aplicar buenas políticas públicas.

Así, el mundo se dio a la búsqueda explícita del crecimiento económico, considerado indispensable para el bienestar social y la consolidación de las democracias. Con el triunfo de la revolución china y la independencia de India, una porción significativa de la población del orbe pareció capaz de concretar estas expectativas, no sólo de progreso material para todos

sino de posibilidad de trazar trayectorias históricas novedosas, incluso radicalmente distintas a las conocidas hasta entonces como exitosas. La capacidad de la URSS para saltar hacia delante en medio de la gran depresión de los años treinta y de resistir victoriosamente la invasión nazi en los cuarenta, contribuía en aquellos años a convertir al desarrollo en la idea fuerza del mundo que emergía en la post guerra.

La Guerra fría, al imponer la ideología como el factor determinante de la política mundial, hizo del desarrollo una variable estratégica en el enfrentamiento bipolar. Paradójicamente, fue al calor de este nuevo conflicto que muchos países recién nacidos pudieron intentar rutas de progreso económico y social que pretendían recoger lo mejor de las dos experiencias que entonces se presentaban como las únicas alternativas. Las “terceras vías” de aquellos años fueron poco exitosas, pero la idea misma de explorar tradiciones e ideosincracias como condición inicial para el desarrollo económico quedó en reserva y ahora, en medio de las tormentas de la globalización, reclama un lugar estelar en el inventario de las políticas y las instituciones para el desarrollo en el nuevo milenio.

Por décadas, el mundo se las arregló para promover el desarrollo económico dentro de un equilibrio delirante de amenazas de destrucción mutua. Como paradigma central, reinaban el pleno empleo y la protección social, y en el mundo en desarrollo se veía al crecimiento económico sostenido y a la industrialización como la ruta principal para arribar a la modernización y a las realidades materiales e institucionales de progreso social que se resumían en los Estados de Bienestar. Este desarrollo “igualador” era visto a la vez como un resultado de vastas operaciones políticas y culturales, como un fruto de la integración entre el conocimiento técnico y científico y las respectivas experiencias históricas de las naciones emergentes.

Intervenciones sistemáticas del Estado en las decisiones y los procesos económicos; acción pública para modificar estructuras sociales que impedían la movilización productiva y lucrativa del excedente; reclamo sostenido de ayuda y nuevos términos de comercio internacional al Occidente desarrollado; provechamiento intenso de los préstamos internacionales para construir y ampliar la infraestructura; protección y hasta invención del precario empresariado doméstico: todo esto y más se puso en juego en esos años bajo las divisas del crecimiento y la creación acelerada de actividades del más alto valor agregado posible.

La acumulación de capital y la inversión productiva, junto con la industrialización ampliada de las economías, eran los vectores de esta gran transformación de la segunda mitad del siglo XX. Obviamente, para la economía del desarrollo que surgía en aquellos años, el acercamiento a las realidades del atraso muy pronto le planteó la necesidad de enfoques globales, así como de acciones y estrategias de claro carácter multidisciplinario.

La eficacia política para acelerar esta transformación y la creación material sostenida, fueron en este tiempo puestas por encima de las “mejores prácticas” o de las políticas correctas, las instituciones adecuadas y la eficiencia. Podría decirse ahora que era la economía política inspirada en la heterodoxia keynesiana la que imperaba, con su cúmulo de consideraciones y reflexiones críticas sobre la economía convencional que se ha referido arriba. El resultado fueron años de expansión productiva y cambio social, plasmado en la urbanización, la ampliación de los sectores medios, la ampliación de las esferas del Estado y de lo público.

Más tarde, en los años ochenta, vendrían el ajuste de las cuentas externas y fiscales y los afanes de corregir cuanto antes lo que, desde la visión ortodoxa de la economía analítica pero también desde una cierta politología, fue entendido y presentado con toda fuerza como excesos y adiposidades de los Estados y de las economías propiciados por esta vertiginosa carrera hacia el progreso. Vendrían los años de la “expiación neo liberal” y en América Latina se tejería la “leyenda negra” de la industrialización latinoamericana (Cf. Cárdenas, Ocampo, Thorp, 2003).

A partir de las sucesivas crisis petroleras y de la gran explosión de la deuda externa en 1982, se trazan nuevos y radicales linderos al desarrollo. Se fue tan lejos en esta segunda ronda del vuelco mundial, que se pretendió desaparecer del mapa de las prioridades internacionales la idea misma del desarrollo. En la economía y las otras ciencias sociales sonó la campana de la especialización extrema y de la adopción casi religiosa de los principios de la competencia y de la optimización de conductas y procesos. Así en la economía como en la política.

Los vericuetos de la globalización.

Con las convulsiones que propulsaron la globalización de fin de siglo, sobrevino un radical cambio paradigmático. En vez de pleno empleo y protección social, se impuso la

lucha contra la inflación, la estabilidad financiera y la reducción de los compromisos del Estado de bienestar. En lugar de la solidaridad institucional lograda por los Estados de Bienestar, se impuso la visión individualista a ultranza.

En los países en desarrollo, se volvió central la noción del ajuste externo, la radical revisión a la baja de los estados intervencionistas y la mutación acentuada de las políticas económica y social, en consonancia con lo que se llamó el Consenso de Washington. La fórmula neoliberal se presentaba como la única vía para redefinir el perfil global del mundo y a asegurar la implantación de un nuevo orden mundial para la post guerra fría. El mercado global y su entrada y permanencia en él se volvieron la prueba de ácido de la eficiencia de las naciones y la condición irrenunciable de su eventual riqueza. (Cf, Ibarra, 2000).

Sin renunciar del todo a la idea del desenvolvimiento económico, la historia en que se sustentaban las visiones y estrategias que dieron cuerpo a la economía del desarrollo fue revisada y vuelta a escribir. El éxito económico y social se vio como el resultado de una combinación virtuosa de libre mercado global con libre iniciativa local, reduciendo al mínimo la intervención política en la economía a través del Estado. La democracia misma tenía que ser repensada como condición *sine qua non* de una gobernanza que superase los excesos propiciados por una pluralidad política renuente a asumir sus costos crecientes sobre las finanzas del Estado y las ganancias de la empresa.

Al proponerse a la globalización como sendero único hacia una sociedad internacional organizada por un mercado mundial libre y unificado, el entendimiento del desarrollo y de su historia cambió hasta llegar a los excesos ideológicos neo liberales para los que no sólo el futuro sino el presente y el pasado tienen una sola racionalidad derivada del pensamiento deductivo y los modelos abstractos (Cf. Chang, 2002, cap. 1)) Esta ronda no ha terminado con los primeras disrupciones brutales de la globalización realmente existente, pero cada vez recibe menos aceptación dentro y fuera de los países desarrollados y de las instituciones económicas internacionales que ellos dominan.

Frente a la globalización como trayecto y pensamiento único, se propone ahora que “otro mundo es posible”, y frente a la dictadura del ajuste financiero y el equilibrio fiscal se plantean nuevas maneras de vincular el comercio exterior y los fondos de financiamiento a las tareas fundamentales de la acumulación y el desarrollo social.

Consecuentemente, se exploran de nuevo enfoques alternativos a los de los del “déficit fiscal cero” y la cuestión del empleo y del crecimiento es puesta de nuevo en el centro del debate.

Con la adopción de las metas del milenio en las Naciones Unidas y la constatación cotidiana de que frente a las asimetrías mundiales acentuadas por la globalización las sociedades atrasadas se “ajustan” al mundo subversivamente, mediante la migración en masa, muchas iniciativas para construir un orden internacional con perspectivas globales empiezan a reconocer la necesidad de imaginar el mundo futuro a partir de repensar la historia mundial sin mistificar la experiencia del desarrollo. De esta nuevas revisión de la memoria puede emanar otra ola de pensamiento y acción colectiva, que recupere para el desarrollo su lugar central en la historia moderna no sólo de Occidente sino del planeta en su conjunto.

Con las mudanzas culturales e ideológicas con que se cerró el siglo, las nociones de ciudadanía y de los derechos humanos registran ampliaciones y mutaciones. La ciudadanía se presenta como indivisible en sus varias dimensiones civil, política y social, y los derechos se expanden hacia los derechos económicos, sociales y culturales que abren una perspectiva generacional ilimitada. En este contexto, el derecho al desarrollo que reclamaron las naciones atrasadas al término de la Segunda Guerra se acuña como derecho fundamental e impulsa el desarrollo de los derechos como sostén primordial de la equidad, la ciudadanía y la democracia mismas (Cf, CEPAL, 2000, TomoI).

La globalización, así, produce nuevas figuras políticas y retóricas, narrativas y relatos, tan globales como lo son la gran empresa multinacional, los mercados financieros o la guerra contra el terrorismo. Estas creaturas, sin duda transfiguradas por los vuelcos del mundo, recuerdan a aquellas que en los inicios de la modernidad le dieron sentido a lo que de otra manera hubiera sido una historia evanescente.

En el centro de ellas estuvo y seguirá la del desarrollo, ahora adjetivado por la equidad y la democracia que suponen no la minimización del Estado sino su transformación ampliada. Configurar una ecuación compleja pero positiva con estas variables es el reto principal para una nueva economía política del desarrollo.

La encrucijada latinoamericana

En América Latina, los primeros grandes impactos de la globalización se combinaron con una de sus peores crisis económicas, probablemente la más larga y compleja. En más de un sentido, si se atiende a lo ocurrido con las principales variables productivas y, sobre todo, con las que tienen que ver con el nivel y la calidad de vida de la población, podría incluso decirse que esta crisis no ha terminado.

Al ocurrir en medio de una acelerada urbanización y en un contexto político dominado por un reclamo democrático muy amplio, la crisis indujo a revisar las instituciones económicas y políticas, así como las estrategias sobre las que se había fincado la expansión económica de la región a partir de la Segunda Guerra Mundial. En esta revisión tendió a magnificarse los excesos y los defectos y los logros se minimizaron. Esta *tabula rasa*, intentada con furia en varios de nuestros países, logró muchos cambios pero no propició la consolidación de nuevas formas de crecer y de distribuir compatibles con la convivencia política y social que es inherente a la democracia representativa.

La “vieja” manera de entender y de vivir el desarrollo, resumida en la industrialización dirigida y protegida por el Estado y en los distintos autoritarismos que la acompañaron permanente o intermitentemente durante medio siglo, no ha tenido una solución de continuidad virtuosa. Se vislumbra la posibilidad de una inserción productiva en la globalización, de un cosmopolitismo benefactor de las sociedades y de los estados, pero no se han podido concretar los mecanismos productivos e institucionales que permitan una “nacionalización” de la globalización que revise y recomponga la “globalización de la nación” emprendida con tanto entusiasmo a partir de la gran crisis de la deuda externa de principios de los años ochenta. Por eso es que se tiene que hablar todavía de una encrucijada que reclama apuestas políticas e institucionales que, como ocurrió en la fase anterior de desarrollo, se propongan “hacer época”.

El estallido de la crisis internacional de la deuda, iniciada en México en 1982, determinó el arranque de esta revisión formidable de la economía política de la región. El significado de esta coyuntura trascendió con mucho los problemas de liquidez internacional que aparecieron en la superficie, y pronto se puso sobre la mesa, en toda su complejidad política y social, el tema del financiamiento del desarrollo nacional en su conjunto.

Un componente decisivo de esta cuestión era y es la forma como estas economías se relacionan con el resto del mundo. Puede decirse que en este sentido mucho se ha avanzado: varios países latinoamericanos han redefinido a fondo la estructura de sus exportaciones y la deuda externa parece haber dejado de tener el peso fatal y letal que tenía. La verdad, sin embargo, es que una y otra vez, en prácticamente toda la región, se asiste a la vulnerabilidad financiera externa, ahora acentuada por el gran peso que han adquirido los movimientos de capital internacional de corto plazo.

Por otro lado, la producción y el uso del excedente social, que tiene que ver directamente con la distribución del ingreso y su destino, apenas ha recibido atención por parte de los Estados y los partidos que protagonizan la vuelta o el estreno democráticos en los países de América Latina. En la actualidad, buena parte del éxito exportador logrado depende de pautas salariales y de empleo que redundan en una mayor concentración de los frutos del crecimiento económico alcanzado.

En el caso de México, por ejemplo, las expectativas iniciales de la apertura comercial y del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), de que con ellos se atraería inversión hacia los sectores con mano de obra abundante, poco o nada calificada, no se han cumplido y el formidable dinamismo exportador alcanzado no se ha transmitido al resto de la economía. El crecimiento del empleo total ha sido insuficiente para absorber la demanda de trabajo y el mercado interno ha evolucionado con lentitud. La brecha social, en consecuencia, tan sólo por el peso de una demografía en transición, se ha ampliado.

Hasta el momento de la crisis de la deuda, se otorgaba al Estado un papel central en la industrialización de la región, a la que se confió el papel de dinamizar e integrar las economías y las sociedades latinoamericanas. La apuesta de largo plazo de este consenso, era que el crecimiento industrial basado en la sustitución de importaciones permitiría mantener altas tasas de crecimiento, cerrar progresivamente la brecha externa y mejorar el nivel de vida de la población, a través sobre todo de la ampliación y el mejoramiento del empleo urbano.

Entonces, se prestaba poca atención a lo que Prebisch ya había advertido y resumía en su noción de “insuficiencia dinámica” del crecimiento. Esta insuficiencia, se expresaba en un desempeño externo crónicamente deficitario, que asociaba el crecimiento

con déficits crecientes en la cuenta corriente de la balanza de pagos. También se asociaba con una precaria articulación doméstica de la estructura productiva, donde encontraba su raíz lo que se llamó la “heterogeneidad estructural” latinoamericana, que cruza mercados de bienes y trabajo y desemboca en cuotas de desigualdad y ahora de pobreza muy por encima de lo que podría esperarse de estructuras productivas como las que América Latina pudo construir en el siglo XX.

Esta forma de crecimiento, llevó a las economías latinoamericanas a una fuerte dependencia de su capacidad para absorber capital externo, en especial mediante el endeudamiento. La fórmula que se consideraba como principal para elevar el bienestar general de la población puede verse hoy como una fórmula simplista, literalmente aritmética: bastaba con que creciera la producción por encima de la población para garantizar un aumento en el ingreso per cápita, que tarde o temprano se reflejaría en el incremento de los ingresos y las oportunidades para los distintos sectores de la población.

Así, se postulaba un círculo virtuoso articulado por la modernización económica y social fruto del desarrollo industrial, cuyos encadenamientos productivos serían el impulso para el resto de los sectores. En los hechos, en prácticamente toda la región se descuidó la construcción de redes sociales de alcance universal, lo que se agravaba por la progresiva segmentación de los mercados laborales que apuntaba a dosis de marginalidad crecientes.

Con la hecatombe de la deuda, el modelo se declaró agotado sin haber superado los rasgos más negativos de la desigualdad económica que ha caracterizado a la región a lo largo de su historia. Tampoco se pudo superar la vulnerabilidad externa, que imponía una aguda dependencia financiera del crecimiento global.

Como resultado de los traumas que trajeron consigo la crisis de la deuda y el ajuste externo a que fueron sometidas las economías de la región, se impuso la idea de ir “más allá del ajuste” y realizar un cambio estructural que permitiera superar la crónica debilidad externa del desarrollo y abriera paso a una fase distinta de la evolución económica. Esta es, a la fecha, la franja de transición en la que se mueven la política y la democracia recientemente adquirida, pero también los resortes más profundos que organizan la subsistencia y la coexistencia de los latinoamericanos. Más que transición, para muchos se trata de una interminable tierra baldía.

Los ajustes que tuvieron lugar en los primeros años ochenta fueron ajustes recesivos, que afectaron negativamente el ritmo de crecimiento de la economía y del empleo y desembocaron en un empeoramiento de la distribución del ingreso. En esa década adquiere carta de naturalización la pobreza extensa y extrema, como resultado del estancamiento productivo y la caída de la ocupación, así como de las devaluaciones y el agravamiento de la inflación que acompañaron al periodo de ajuste.

La combinación de todos estos factores permite hablar de una fase de crisis profunda y más o menos general, dentro de la cual tiene lugar, sin embargo, una búsqueda afanosa y muy costosa del cambio hacia una nueva forma de crecimiento. La crisis, como se ha sugerido, amplió y volvió más severas las desigualdades sociales, sectoriales y regionales; puso al descubierto profundas fallas fiscales y financieras, e hizo evidentes los grandes nudos que sofocaban y deterioraban la organización estatal.

Así, a los rezagos históricos de tipo social y productivo que caracterizaron el desarrollo anterior, se añaden ahora los costos sociales del ajuste que vivió América Latina durante la década de los años ochenta. Esta acumulación de faltantes debe inscribirse, además, en el marco de las limitaciones que la globalización impone a las decisiones y visiones estatales. Con esta combinatoria, se puede tener una idea inicial y aproximada de la magnitud de los retos que se plantean a la región en los inicios del milenio. Todos ellos son desafíos para el desarrollo, el de hoy y el de mañana.

Bibliografía

BORTIS, HEINRICH (1997): *Institutions, Behaviour and Economic Theory - A Contribution to Classical-Keynesian Political Economy*. (Cambridge University Press) Cambridge, New York and Melbourne

Chang, Ha-Joon (2002) *Kicking Away the Ladder?* Anthem Press, London.

Chang, Ha-Joon (2003) *Globalisation, Economic Development and the Role of the State*. Zed Books, London, New York, Penang.

Rothschild, Emma (2001) *Economic Sentiments, Adam Smith, Condorcet and the Enlightenment*. Harvard University Press. Cambridge, Massachusetts and London, England.

Braudel, Fernand (1986) *La Dinámica del Capitalism*. Breviarios, Fondo de Cultura Económica. México.

Furtado Celso, *La fantasía organizada* Eudeba, Tercemundo Editores, Bogotá, 1991

Bielschowsky, Ricardo. "La evolución de las ideas de la CEPAL", Revista de la CEPAL - No. Extraordinario, Octubre 1998, pp. 21-45.

Love, Joseph. "Economic ideas and ideologies in Latin America since 1930", en Leslie Bethell, *The Cambridge History of Latin America*, vol. VI, pp. 393 - 460; Cambridge University Press, 1989.

Comisión Económica para América Latina, *Equidad, desarrollo y ciudadanía CEPAL y Alfaomega*, Bogotá, 2000.

Cárdenas, Enrique, Ocampo José Antonio y Thorp Rosemary, *Industrialización y Estado en la América Latina. Lecturas del Trimestre Económico*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003.

Ibarra, David, *El nuevo orden Internacional*, Ed. Aguilar, México 2000

Schumpeter, Joseph, *History Of Economic Analysis* Oxford University Press, New York, 1955.

Chiconcuac, Morelos, 13 de marzo de 2005.